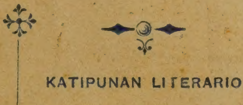


LUIS SIBONI



RAFAELA LA GENEROSA



IMPRENTA
DE LA «REVISTA DE NAVEGACIÓN Y COMERCIO»
Marqués de Urquijo, 8.

MADRID
1897.



ms

PLAZA PARTIDA

PLAZA PARTIDA

RAFAELA LA GENEROSA

KATIPUNAN LITERARIO

Luis Siboni.

IMPRENTA
«REVISTA NAVEGACIÓN Y COMERCIO»
Marqués de Urquijo, 8.

MADRID.—1897.

INTRODUCCIÓN Ó LO QUE SEA

Desde este mi pobre palomar, cerrado á todas las garduñas literarias, porque no muy buenas las gastaron siempre, vengo observando, hace años, cuan poca agua traen las inteligencias de marca registrada, como se frustan para el bien y se tuercen muchas aptitudes, y con que prodigiosa fecundidad se reproducen los escritores de á real y medio la pieza.

Tantas decadencias llegáronme al alma y he concluído

por arrinconarme, escribiendo solamente para mí.

Vivo, por tanto, aislado; pero siento, por otra parte, se pudran en este cuerpo mío las muchas crudezas que diariamente se me vienen á la pluma y he llegado ya á momentos de tentación.

Caigo, al fin, en ella. Y como por mi falta de documentación literaria no tengo quien me presente al público, pues, claro, ¡qué he de hacer!, me presento yo.

Que me recibe bien, bueno. Que se lleva los dedos á la boca para silbarme, bueno también.

LUIS SIBONI.

SOLO PARA HOMBRES

Recuerdas haber visto, amigo Carlos, como acude la pollada, atropellándose y bulliciosamente alegre, á recoger las migajas del candeal desgranado por manos de maciza manchega? ¿Sí? Pues hazte cuenta que ves de la propia manera al público cuando el genial autor de *Pepita Jiménez* deja caer sobre los escaparates de Martín y Fé una más de las ya numerosas producciones de su siempre lozana inteligencia.

¡Es mucha firma la de D. Juan Valera! En literatura, casi tanto como la de Roschildt en especulaciones de banca. Y, ya se ve, ¿qué extraño es beban los vientos por leerle y saborearle damas linajudas, señoras de circunstancias, literatos mejor ó peor emboquillados y hasta gomosos de transición?

Que es lo que precisamente ha sucedido luego que los periódicos echaron las campanas á vuelo para anunciar el alumbramiento corto y feliz de su última monada *Genio y Figura.*

¡Genio y Figura! Sí, amigo Carlos. Mientras viva, los conservará el arriscado novelista, pero con la particularidad—esto ya me lo venía temiendo yo—de acentuarse con marcados caracteres de una retropulsión fisiológica, que, al fin, se ha revelado, pásmate, Carlos, pásmate, por una retropulsión moral.

Vaya, vaya y como las gasta don Juan. ¡Y qué entrecejo habrán puesto sus adoratrices al darse cuenta, por la denuncia candorosa de sus palomas en estado de merecer, de la nueva labor crematística en que se ha empe-

ñado ingenio tan verde siempre y remozado! ¡Ellas, que siempre presumieron de distinción suprema con solo poder lucir en su *boudoir* las perlas literarias de Juanito Valera, encontrarse ahora con que se les ha deslizado la serpiente en su paraiso doméstico y que sus hijas están á dos dedos de la tentación!

Y es lo que me decía la otra noche, en un compás de espera del tresillo, cierta dama muy discreta, tanto, que llevaba echa trizas en el bolsillo la última novela de D. Juan. «Pero, amigo Siboni, ¿quién lo había de decir? Esto que ha hecho Valera no tiene disculpa, porque ha sido un verdadero abuso de confianza. El condenado, apeteciendo sin duda desentumecer su corazón, aterido por setenta escarchas, más bien más que menos, no se ha andado con paños calientes, sino que con todos los bríos de una vida que se escapa ya, ha removido con la pluma y hasta con rencores y ensañamientos de inválido los rescoldos pasionales del más impenitente salteador de amoríos.

No diré yo tanto ni toseré tan fuer-

te como la dama de referencia, porque, como la serpiente no pasó de las puertas de mi hogar, solamente estoy malhumorado en principio. Verdad es que vivo prevenido: libro que cae en mis manos y puede pasar á las de mis hijas, es libro que he de catar préviamente. ¡Conque para que no lo hiciese con uno de Valera! Precisamente, casi todos los suyos exigen ésta y otras muchas precauciones.

Y, cosa rara, Carlos. Apunta la tésis en esta novela, género de actualidad muy dado á quiebras por lo difícil que es al narrador emanciparse de sus prejuicios no siempre ortodoxos y bien equilibrados, y, que si quieres, la tésis no parece en las 218 páginas de la obreja. Figúrate que comienza D. Juan por insinuarse como antideterminista, vamos, como apóstol del libre albedrío, y toda la leyenda se reduce á bordar, sí, á bordar, porque para primores retóricos se pinta solo, un caso fulminante de determinismo.

Pero ¿qué más? ¡Si hasta carece de argumento la dichosa novela! Vas á verlo.

La protagonista, más que mujer, hembra, más aún, el sexo aliñado y cebado única y exclusivamente para la liviandad, es una chicuela vertida al arroyo por padres anónimos. Moza ya, recriada en la taberna y con el tatuaje del vicio en su rostro peregrino, va rodando de unos brazos en otros, hasta que, por clemencias de su estrella, cae en los de un decrépito usurero brasileño, que la hace fiadora de su nombre y de su honra.

Lo cual no obsta para que la ya relativamente señora contínúe sacando los piés de las alforjas y saliendo á amante por trimestre. Verdad es que, según referencia del novelista, *Rafaela la generosa*—que así la crisma—siempre tiene á mano el bálsamo que cicatrice las heridas causadas en el honor del brasileño, el de las atenuantes de su carácter perpétuamente misericordioso y fatalmente consustancializado con la idea de no dar jamás con la puerta en los ojos al primero que se prende de sus morbideces.

¿Te vas enterando del trascendentalismo, del argumento y del relieve ar-

tístico de esta figura, tan en carne viva novelada? Pues sigue enterándote.

El vejete, que por cierto se despepita de tierno y obsequioso—¡con qué discreción de maestro y caballero dignifica el novelista las canas del buen hombre!—con cuantos adjuntos toma y deja su cara mitad, da al fin el postrer estirón y, entonces, la gallarda viuda retorna á Europa, pero no sin hacer antes una de las suyas en el buque que nos devolviera tan buena pieza.

En él, en efecto, arrastrada por su manía didáctica, revelada ya en tantos escenarios, y también por su condición de dadivosa, aprovecha el tiempo en catequizar á un imberbe paraguayo y concluye por enseñarle á leer de corrido en el repertorio de las más refinadas lubricidades, emborrachándole de deleites.

Vamos, que la tal Rafaela no es de Calatayud, me consta, pero ¡cuidado que es hacendosa en materia de favores!

Instalada ya en París, aunque la atormentan los recelos que siente res-

pecto de su moralidad la única hija que la dieran sus amores temporeros, aún tiene sobradamente fresco el espíritu para dar cita en su camarín, anticipando en ella goces no soñados, por lo inefables, á cierto candidato rezagado, quien llega á tiempo no más de contemplar un cuerpo que se desploma y un rostro contrahecho y desfigurado por la ponzoña del cianógeno.

Es decir, que la *generosa* concluye por quitarse de enmedio. ¿Ves qué trama novelesca tan interesante, tan justificada y de tantos vuelos artísticos?

Pues no digamos nada de los detalles. Uno entre todos, éste, es de una plasticidad que enamora. La *misericordiosa* horizontal cuenta, ¡pues no faltaba más!, con su correspondiente confesor de cámara; con él dialoga, muy á menudo, sobre su pícara condición de ser toda para todos, y el clérigo que es, por lo bueno, toda una mantecada de Astorga, la absuelve, siempre que ella lo solicita, de sus reincidencias, sin que una sola vez se le suba á la cabeza el *Promptuario de*

teología moral, guía discretísima de confesores, en que se sustentan las mayores severidades contra el pecador reincidente.

Para concluir, voy ahora con lo de la tésis.

Hemos quedado ya en que Valera es, ó quiere serlo — él mismo no lo sabe— un antideterminista. Bueno: pues, ahora, díme cómo he de componérmelas para atar esa y la siguiente mosca por el rabo.

¿Antideterminista y emplea los mejores colores de su paleta para pintarnos una hembra que, no obstante haber alzado el vuelo desde el fango de la cloaca á la dorada mansión de un americano que levanta las onzas á paladas, y haber adquirido también cultura intelectual y hasta refinación doméstica, persevera en las infidelidades á su esposo y no puede, no sabe ó no quiere sustraerse á los requerimientos de una carne saturada de concupiscencias?

Vaya, diga D. Juan lo que quiera, si esto no es determinismo, y del más neto por cierto, que venga Claudio

Bernard y lo vea. Pues ahí es nada: el sexo, sin una sola clara espiritual, viciando la entraña moral de la mujer. El fatalismo de la perversión fisiológica. El desequilibrio funcional de una naturaleza informada para servir de pasto al deleite. La neurosis del vicio. Esto y nada más que esto, es la *generosa Rafaela* de Valera.

Basta de recorrido: entiendo yo, pues, que el novelista ha sufrido una lamentable equivocación, que tiene muy trocados los memoriales respecto de lo que es antideterminismo y, por último, que ha consumado una gravísima irreverencia para con la sociedad selecta, que tenía puesto en él, como quien dice, su ojo derecho, la irreverencia de no haberla advertido, al poner en circulación su libro, que se proveyera de paraguas.

Tan largo como caza y, sin embargo, no se le ocurrió, en evitación de perturbaciones de conciencias y corazones á medio granar, hacer esta salvedad en la portada de su novela: *Solo para hombres*.

QUIEN GUSTA DE LAS MADURAS...

Pues, es claro, ponga las espaldas, y aguante las duras.

Pero antes ciegues que tal veas, dirán los maestrazos; porque están tan consentidos, que ya, ya. Como no reciban el viento por la popa, salen disparados de sus camarotes y largan media docena de frescas como otros tantos soles lo mismo al crítico que los afeitó á contrapelo que á la opinión pública si se permitió sisearlos.

Nada, que dieron en la flor de rebe-

larse y ni á tres tirones confesarían—bonitos son ellos—que, á veces, también se les pone por montera el arte y un tantico afónica la inspiración. Y no le den ustedes vueltas: la palma de mártires, aunque tragando saliva, la aceptarán, pero el rostrillo tristón del confesor, ese... ese jamás lo han de encontrar á su medida.

Y de que se les haya subido el incienso à la cabeza y lleguen á extremos tales como el de romper el incensario en las propias narices de sus discrepantes, no tienen ellos la culpa; la tienen todos esos zagueros del periodismo de empresa, tan soberanamente vapuleado por Ricardo Fuente en su crudísimo libro *De un periodista*, por la perpétua cortesanía que rinden á todas las dictaduras.

Emplaza mal un argumento drámático el gran Echegaray, suceso este muy humano; viene la crítica con sus compresas de agua hervida para que no se resfríen los prestigios del dramaturgo y, aún así, sobre ella se viene como un alud, con su *Crítico incipiente*, que arde de ironía, y convierte en

picadillo la carne plebeya de los que le discutieron.

Siéntese autor dramático el fecundo novelista Peréz Galdós; llega á creer que las condiciones acústicas del teatro de la Comedia son las mismas que las del gran anfiteatro social; se equivoca al fin; y cuando ve que en el segundo ensayo no lucen aquellas humeantes antorchas que sirvíeranle de cortejo en su primero y muy relativo triunfo, sube á la tribuna del periodismo y, desde ella, apalea de lo lindo á cuantos opinan y siguen opinando que sus novelas son, sí, brillantes de valor inestimable, pero pobres abalorios nada más casi todas sus comedias.

Sentada ya esta jurisprudencia, sin que una crítica sana é independiente se aprestara al merecido correctivo, han ido habituándose los maestros á la contracrítica y van formando cadena. Ahora, por cierto, está de tanda nuestro D. Juan Valera, quien, con toda la finísima ironía de Sterne y Swift, á quienes, por lo visto, admira y traduce, y con todo el desenfado también del que vive satisfecho de sí mismo,

apura la doble suerte del sofisma y de la refutación, pero siempre con más arte que originalidad.

Valera, en efecto, no se resigna con el veredicto público y, como Rafaela la generosa, tan prendada de su belleza, que buscaba en el artificio de dos espejos la consagración de ésta, sellándola luego con un apasionado beso, se coloca, á su vez, entre los dos reflectores de la primera edición de *Genio y Figura* y la segunda, que ya nos anunció con su correspondiente escrito de réplica, y no quiero decir á ustedes qué de zumbón y chirigotero se nos pone para que su buen nombre de discreto moralista quede con los pronunciamientos más favorables.

¿Lo consigue? ¡Qué lo ha de conseguir! Más le valiera estar duermes, esto es, más le valiera haber cerrado el pico, porque su posdata, dicho sea con el respeto que merece retórico tan notable, es una caída de consecuencias más graves que las que determinó la sufrida en su novela. En ésta, no obstante la obsesión irreductible en que vive de creer que todo es arte y

que el tribunal que absolvió de pecado las desnudeces de la estatuaria helénica está dispuesto á hacer lo mismo con las escabrosidades literarias de marca acreditada, es el estilista consumado de siempre, que, confiado en su buena sombra, ofrece al público un tipo humano aderezado por y para las mayores plasticidades del deleite. En su posdata, es el mismo estilista, pero en ella aparece también el espíritu tocado de la disipación que se regodea y empapa en la causticidad pasional de su obra.

¡Y si fuese esta sola la obsesión que sufre el ameno novelista! Muchas otras hacen presa en su organismo de literato y, entre ellas, la de crear la dificultad para darse luego aires de vencedor. Dificultad no siempre superada por su talento y que no lo ha sido desde luego en el caso presente; porque por mucho oro y piedras preciosas que se empleen en los vestidos de gala de la corrupción moral, ésta subsiste con todas sus repulsiones, y sus hedores de muerte en la atmósfera de las conciencias se diluyen y flotando siempre estan.

Por cierto que apuro con frecuencia mi juicio para explicarme estas fallas intelectuales de Valera y no lo he logrado hasta ahora. Porque es lo que digo yo; ¿cómo, personalidad de tanto cultivo, tan adiestrada en el sorteo de las intimidades mundanales, en posesión tan cumplida del sentido estético y con el concepto que tiene de la finalidad de la novela, obra de puro solaz y refractaria por tanto á toda tendencia—en lo cual no coincidimos—moldea una y otra vez el barro humano, no tanto para que cautive el arte exquisito de su factura como para despertar apetitos y encender las entrañas? No lo sé; pero Valera continúa entendiendo que estos son los moldes de la novela, y yo entiendo, por mi parte, que el género de sus aficiones podrá solazar á muchos, no lo niego, pero que tales solazamientos son de una iniciación peligrosa, perturbadora y orígen no pocas veces del drama doméstico y de la tragedia doméstica también.

Y algo de esto debe haber barruntado ya el novelista, cuando, en su pos-

data, se corre hasta poner una de cal y otra de arena, penetrando en terrenos de las eximentes y atenuantes. ¡Y qué atenuantes y eximentes, santo Cielo! Nadie, que yo sepa, al impugnar la forma y el fondo—que todo lo merece—de *Genio y Figura*, ha intentado retrotraer la memoria á épocas de fervor religioso entreverado en que la sociedad era, en achaques de pudibundez, algo así como una camisa de algodón con vistas de hilo. ¿A qué invocar, pues, precedentes, si siempre fué la carne materia prima para el placer?

Pero á Valera conviene, por lo visto, juntar la carne con los huesos de nuestros padres pecadores para que le guarden las espaldas, y crea la objeción para darse luego el gusto de hacerla polvo. A sus años, ¡qué candidez! sacar á la colada los trapos sucios de la historia para formalizar su defensa en el tan movedizo terreno de las comparaciones.

¡Vaya un argumento! Que el arcipreste de Hita promiscuaba lo divino y lo humano, alternando la lectura de

los salmos penitenciales con juguetes poéticos de tanta enjundia carnal que harían ruborizarse á un tambor de granaderos. Que la redicha doña María de Zayas, proclamando la infidelidad de su sexo, y el reverendo padre fray José de Valdivielso, poniendo el *visto bueno* al librejo de la noble dama, *El Prevenido engañado*, se salieron del tiesto, jugándose á cara ó cruz la respectiva amplitud de sus mangas. Que Cervantes, Lope de Vega, Tirso de Molina y Quevedo dieron más de una vez el do de pecho al contar y cantar líos y marañas entre niñas y galanes. Bien, y ¿qué? Las flaquezas de estos y otros escritores, ¿son acaso precedente que pueda justificar las que hoy se padecen en el género chico, ni mucho menos las que padece espíritu de tanta alteza como el de Valera en el deliquio novelesco de su empecatada Rafaela?

¡Qué han de justificarlas! El concepto de la corrección y discreción literarias tiene su regulador y éste—bien lo sabe el novelista—no es ni puede ser otro que el respeto y acatamiento á la

sanidad de las leyes morales. Pero, ya se ve, como nuestro D. Juan se encuentra en vena—él lo dice—de divertir á sus contemporáneos, tal concepto no reza con su libre albedrío; y tan no reza que, aparte de las atenuantes invocadas tan á destiempo, remacha el clavo en la posdata haciendo la caricatura de los encogidos y tristones mortales que se resisten á comer la carne de pechuga humana con que se propone avivar sus tal vez dormidos deseos.

Y que por tales trochas se metiera y con tales jactancias de despreocupado se nos viniese un escritor primerizo, anheloso de notoriedad, vamos, deplorable sería, porque retórica que fermenta ya antes de darla los aires de la opinión pública siempre es pasto pernicioso para las inteligencias. Pero que todo un D. Juan Valera, con su ejecutoria de conspícuo literato, coja de la mano á Rafaela para que luzca más y mejor sus aptitudes de concubina nunca saciada, nos meta por los ojos sus travesuras de pecadora y la retire de la escena, cuando menos pudiera sospecharlo el lector, con objeto

de darla un jicarazo, esto, ni es divertido, ni es arte, ni síquiera asunto novelable; es, por el contrario, la más soberana de las excentricidades, por no decir de las chocheces humanas.

Y como sobre las opiniones siempre respetabilísimas del Sr. Valera está mi consultor íntimo, que es el sentido moral, buen provecho le hagan las reticencias y los saetazos de su posdata: que no ha de ser este fraile quien por ello sienta apenamiento.

¿Sigue él en sus trece? Pues yo también en los míos. Y en los suyos igualmente la opinión pública: porque, si no estoy falto de oído—creo que no—me parece escuchar que, no obstante su posdata, las gentes continúan siseándole.



EMANCIPACIÓN LITERARIA

I

No las gasta muy suaves que digamos el dulcísimo *Clarín* con el sínodo literario, de generación más ó menos espontánea, que actúa en la coronada villa. Y tan no las gasta de caramelo, que, más de una vez, vimos encabritársele la pluma al simple barrunto de una resobada «instantánea» de *Gedeón* ó de una de tantas emulsiones de crítica aguachinada, como nos ofrecen á diario los precoces chicos de la prensa.

Y el caso es, que, á veces—pues no

siempre brotan á punto sus terribles crudezas—tienen éstas verdadera justificación y, ¿por qué no decirlo?, hasta nos regocijan, no por el daño que hacen, sino por el que evitan.

¡Ya se ve si nos regocijan¡ Como que, la verdad, esto de que en Madrid funcione una cosa así á modo de aduana literaria y que en ella hayan de ser aforados por una docena de púberes góticos, mejor ó peor trajeados, todos los frutos del ingenio provincial y hasta los del cortesano que no lleven el precinto de la cuadrilla, tiene ya muy amoscados á los espíritus independientes que escriben sin librea, y hasta haciéndoles pensar en la conveniencia de instituir algo así como un contraregistro literario frente al de esos improvisados dictadores en cuestiones de idoneidad sobre estética, cultura y letras.

Y se habrá de concluir por instituirlo, si es que ha de ser posible un honrado desquite contra esos serenísimos *prensistas*, que tales mañas se dieron para tomar las avenidas todas del reclamo y de la publicidad.

Y habrá que instituirlo, para que se puedan evidenciar también estos dos extremos: uno, que los escritores sueltos de provincia se bastan y sobran para dar vía libre á aquellos trabajos suyos que tengan mérito positivo; otro, que el sindicato de críticos espontáneos y compadres literarios de Madrid es, en su mayoría, núcleo de gente de pan pedir, de cultura tan soslayada como su intención, y cuya única fuerza de resistencia está, no en las aptitudes, sino en la misma prensa que guarda sus espaldas.

Y si no que descuajen á cualquiera de esos críticos más ó menos incipientes del periódico ó periódicos—pues también se dá el caso de que promiscuen—en que usa y abusa del derecho de asilo, y pronto se verá en qué paran todos sus humos de publicista omnisciente. Si no retorna al pueblo, entre bostezos y lisiaduras del amor propio, va á parar, por piedades de algún bienhechor temporero, al desvencijado sillón de oficial de la clase de quintos, en una de tantas hospederías para inválidos de la inteligencia como siem-

pre tiene abiertas la administración pública.

Y crean ustedes que, aun así, van bien servidos. Porque ¿qué más merecen todos esos partiquinos del periodismo, sin historia, sin aptitudes y sin otro equipaje literario que unas cuantas mudas de ripios, galicismos y soseces de plagiada retórica?

Pero, ya se ve, como los periódicos de empresa necesitan gente corretona, osada y superficial, que mariposee sobre la noticia de tonos subidos, sobre la vanidad de los políticos, en el lúgubre escenario del patíbulo, en el proscenio de los teatros, en los esponsales de la aristocracia y hasta en la inauguracion de las tiendas de ultramarinos, y no personal de entraña clásica, desarrollada al calor del estudio, que deleite al público enseñándolo, claro, privan los primeros, se hacen los indispensables y hasta, pásmense ustedes, vienen á constituir el jurado de hombres buenos que delibera y dictamina sobre el movimiento literario, dando y quitando patentes de publicistas, autores dramáticos y noveladores

á cuantos tienen la debilidad de pasar por el desnivelado laminador de su crítica.

Sr. Director, ¿me permite V. ponga aquí unos puntos suspensivos para que no resulte con honores de *lata* el presente prefacio de trabajo más extenso, consagrado al tema que acabo de esbozar? Así se lo suplico, con formal promesa de que todo se andará.

No soy, á Dios gracias, de los resentidos, puesto que nunca me expuse á que diéranme con la badila en los nudillos; pero dieron con ella á los de tantos y tan injustamonte por cierto, que ardo en deseos de demostrarles por qué procedimientos las cañas se vuelven lanzas

Y esto requiere mimbres y tiempo. Con los primeros cuento. Resta solo que el segundo y las columnas de su ilustrado periódico me los otorgue usted.

II

Buen aldabonazo acaban de dar en las puertas de la sinceridad y honradez literarias. Como que quien lo dió cuen-

ta con una mano derecha, que para sí quisieran muchos libretistas de cartel, y con energías intelectuales, fiadoras de una bien aplomada independencia.

Pues, nada: figúrense ustedes—¡qué coincidencia tan providencial!—que, cuando yo emborronaba las cuartillas del articulo anterior y lo hacía á riesgo y ventura, contando con que el doctorado de la prensa apenas si se dignaría ponerlas un «visto», ejecutaba la propia función y con criterio muy semejante al mío, uno de los primeros espadas, como quien dice, del periodismo militante y triunfante.

En efecto, Fernández Bremon, publicista de tantas campanillas como el que más y experto cual pocos en el arte de distinguir, según decimos ahora, vistiendo el honrado disgusto que siente por las injusticias agenas con las mejores galas de su siempre castiza frase y poniendo pesas á la lógica de sus argumentos para que estos caigan á plomo, apunta y hace blanco en el corazón del monopolio literario con este bien calibrado proyectil.

«Los que sin tiempo para leer sino

»obras de estudios—el periodista nece»sita estar aprendiendo siempre,—re»pasamos de tarde en tarde los libros »de literatura amena que se producen, »notamos con sorpresa que la crítica »en ejercicio, no solo prescinde de poe»tas, novelistas y otros escritores en»tre los conocidos y estimados, sino »que para nada se ocupa de los que »todavía no se han hecho un nombre.

»El público cree, por lo tanto, que »solo hay en España dos ó tres nove»listas, dos ó tres sabios dos ó tres poe»tas y otros tantos autores, y ni es »verdad, ni es conveniente que lo crea.

»La rectificación de este error co»responde á la prensa en general. Con»tra los Katipunanes que se forman al »amparo de dos ó tres publicaciones »muy leídas, deben estar alerta todos »los periódicos, para no estereotipar »los juicios que se le dan hechos y que »repiten con simplicidad propia de »tiempos menos maliciosos.»

Sufficit, que dicen los dialécticos. Basta, que decimos los legos en las maniobras del silogismo.

Quien, por fortuna suya, vive en de-

corosa emancipación literaria, sin temor á que el cónclave de los críticos cortesanos le merme su ración de etapa. Quien escribe con juicio sereno porque logró ya doblar el cabo de la novatada. Quien cuenta con prestigios propios para dar impunemente la cara á todas las conjuras del despecho y esbozar una mueca desdeñosa frente á los vigentes aforadores de idoneidad literaria, declara solemnemente, harto ya sin duda de contemplar como se distribuye entre una docena de conspícuos el botín de la credulidad é ignorancia públicas:

Primero. Que el periodista—¡si conocerá el paño!—necesita estar estudiando y aprendiendo siempre.

Segundo. Que pica ya en historia esto de que perennemente procedan por eliminación los que vienen ocupando la cabecera.

Tercero. Que se está engañando al público, convirtiendo su afición á las bellas letras en secuestro de su inteligencia.

Cuarto. Que la prensa en general debe utilizar honradamente los medios

de que dispone para que se pongan al habla con ese mismo público todas las aptitudes que se encuentran hoy en entredicho.

Quinto y último. Que en asuntos literarios funciona un verdadero katipunan, que expide autocráticamente sus veredictos, y que estos son copiados y recitados servilmente por los periódicos de menos circulación.

Y cierra las anteriores conclusiones con la muy justificada amenaza, de que si la prensa renuncia decididamente á la fatal manía de pensar por cuenta propia, el público discurrirá por cuenta suya.

Concluso y visto, pudiera yo decir, después de pronunciarse tan hermoso alegato por una conciencia literaria á la que no pueden llegar los infectos vahos de los rentistas de la crítica. Pero, no; porque, además de la paráfrasis que pide á voces ese alegato, y que haré, quédame mucho que apuntar por cuenta propia, y ya que comencé la sandía, no he de quedarme con el gusto de rematarla.

Ya verán ustedes, en efecto, ya ve-

rán qué platos tan sabrosos voy presentando á los comensales desdeñados y á cuantos literatos de verdadero mérito sufren, en Madrid y provincias, la soberana repulsa del que, con sobradísima razón, llama Fernández Bremon, gran katipunan.

III

Como señalar bien las banderillas el discreto humorista Fernández Bremon, las señala; pero vayan ustedes con cierto género de estimulantes á los que, por haber sentado plaza de periodistas con liga de más ó menos ley, cual pudieran haberlo hecho de *requintos* en cualquiera murga madrileña, se creen con un Olimpo dentro del cuerpo y hasta se sienten críticos en toda la plenitud de la soberanía literaria.

«Que el periodista y crítico por ende, tiene que estar siempre estudiando y aprendiendo»: estas son melancolías y nada más que melancolías del sentido común, que solamente encarnan en cuantos tienen la obstinación de en-

tender que un artículo de periódico ha de ser siempre tan sustancioso como una buena salsa de menudillos ó un puré de cangrejos. Y—¡si lo sabré yo!—el periodista es planta de generación espontánea y bravía, que suele mustiarse con el cultivo.

Para que ustedes se convenzan de ello, allá les vá un ejemplo:

Con el bien pobretón equipaje literario de seminarista, me encontré porteado á la coronada villa en coche ampliamente ventilado de tercera. Y gracias. Todo el caudal de mi cultura consistía en tal cual reminiscencia del credo político, declamado todas las tardes en aquel célebre *cuartito*, del café de Trifón, del que solamente quedan dos supervivientes, el brillante publicista y jurisconsulto, D. Pedro Díaz Cassou y el humildísimo exbohemio que estas líneas escribe. Tan nutrido me encontraba entonces de ciencias naturales, que ignoraba hasta la procedencia zoológica del almizcle. De economía política, apenas si conservaba resíduos de algún capítulo de la obra de Bastiat que, como tantas otras, ce-

diérame para cepillar la inteligencia mi queridísimo Mentor, D. Antonio Hernández Amores. De filosofía, no digamos nada, conservaba la virginidad de pila, y de nada dudaba y mucho menos discutía nada, porque todo lo ignoraba.

Pues bien, con todos estos elementos negativos de información y cultura, á los quince días de residir en Madrid, me encontré agraciado con una beca de redactor en *El Diario Español*, y, poco tiempo después, con otra en *El Debate*. Y, pásmense ustedes, de buenas á primeras rompí con artículos de fondo, con trabajos de crítica parlamentaria y hasta hube de atreverme—vergüenza me da recordarlo—á poner de oro y azul al circunspecto estadista, Alonso Martínez, por su discurso de recepción en la Academia de Ciencias morales y políticas.

¿Qué tal saldría todo ello?

Pues, *mutatis mutandis*, así se improvisan y casi se perpetúan los periodistas que más levantan el gallo. Ese es, por punto general, el huevo periodístico: una cáscara caliza, muy tersa, eso si, y pulimentada, llena de

aire, de mucho aire, pero... de yema y albúmina, Dios las dé.

Y sin embargo, en ese mismo enrarecimiento psicológico y fisiológico, á veces consustancial, llegan á sentirse publicistas y hasta críticos de la madera de los Lorenzanas y Revillas. Y rozan el ala con los próceres de la política. Y toman y dejan académicos. Y se adornan con postizos filosóficos y científicos en los que, no el espíritu, sino las tijeras hicieron presa. Crisman de sabios á unos. Exoneran de literatos á otros. Y cobran el barato en ateneos y en los centros todos de la cultura nacional.

Pero luego viene el tío Paco con la rebaja, porque el más ligero descuido—y no son pocos los que sufren—pone al descubierto la burda trama de sus dotes intelectuales y asombran á las gentes con enormidades de forma y de concepto en que, de fijo, no incurriría un portácubas del riñón de Puentedeume ó de Puenteáreas.

Un día, por ejemplo, cierto periodista—¿para qué nombrarlo? —pone el paño en su púlpito y arma el gran cis-

co en el Parnaso español con esta genialidad de crítico convencido: «Pero ¿quién se ocupa ni preocupa ya del teatro de Calderón, Moreto, Lope de Vega y Alarcón? Sus obras más celebradas son deleitables simplezas de poetas habituados á hablar mal de todo menos de la monarquía, y demostración evidentísima de que nunca se dieron cuenta cabal de aquel mismo naturalismo de que se consideraban ser sus más clásicos mantenedores.»

Y pregunto yo: este chicuelo, que se ha coronado ya, por sus propias manos, como príncipe de los críticos ibéricos, y que hasta dirige revistas en las que se ponen y niegan marchamos á las obras de los géneros grande y chico, ¿en qué prendería literaria habría alquilado el juicio para leer, estudiar y comentar, por último, ese repertorio siempre fresco y de estética tan maravillosa que, después de inmortalizar á la musa patria, continúa siendo empavesado de elogios por los más eminentes publicistas extranjeros?

Pues, otro día, se nos descuelga, desde Roma, cierto crítico de la gran

Peña periodística con un telegrama, dirigido al periódico de que era representante, en el que, poco más ó menos, aseguraba esto: que la misa dicha por el Papa ante los peregrinos españoles era de mayores frutos teologales que la que diariamente celebran los obispos y sacerdotes todos de la cristiandad.

El periódico que, por cierto, es de los de mayor circulación, reprodujo la blasfemia sin que mudara la piel su Director, y nos quedamos todos viendo visiones ante la frescura de ambos compadres.

Así se conducen con frecuencia todos esos periodistas, berrendos en críticos, cuando se les mete en estrechuras de escribir de lo que no entienden, porque jamás lo estudiaron ni aprendieron. Se arrancan por el atajo y se quedan tan orondos. Y si esto lo consiguen sin mermas sensibles en la sustancia grís de sus cerebros, ¿no es ciertamente una candidez eso de que se venga ahora el buen Fernández Bremon con el consejo anodino de que laboreen esos mismos periodistas el

predio intelectual respectivo, por estar muy someramente barbechado?

Vaya si lo es.

Como que pienso continuar demostràndolo.

IV

Que me he cerrado *ad perpetuam* las puertas del Paraiso literario y que el látigo de algún arcángel en carne de periodista estaría pronto á flajelar mis espaldas, si cayese yo en la tentación de pedir la alternativa en lances y estrechos de retórica, harto me lo sé. ¡Pues ahí si es grano de anís discutir á los que hasta hora creyéronse inviolables y lanzarme al abordaje de prestigios conquistados por las tres armas, artillería, caballería, é infantería de los periódicos de empresa!

Claro es que esto debiera pasar á la cuenta de Fernández Bremon, que es quien, por tabla, ha rubricado el «suspenso» en Arte y Letras para muchos que gallean de académicos honorarios. Pero como el ojeo de liebres ofrece menos riesgo que el de reses mayores, los *prensistas* no tardarán en echarme

los perros, sin perjuicio de morderse la lengua—y si no que chisten—siempre que aquél les dé con la badila en los nudillos.

Mas como yo, mientras Dios me conserve erguido el juicio, no he de andar con los papeles debajo del brazo en busca de Mecenas que les ponga el visto bueno, ni me asusto de los fogonazos de soberanía, con que suele estallar la pólvora pasional de esos buenos señores, ¡bastante me ha de preocu ar se estimen ofendidos, porque, al traducir libremente á Bremon, les haya dicho, en mejor ó peor romance castellano, que, como tales periodistas y críticos, andan, en su mayoría, pobremente trajeados y más pobremente municionados de elementos de positiva cultura!

Sí, sin ir más lejos, no hay más que establecer términos de comparación entre el periodista que ayer se consagraba á la corresponsalía y el que hoy ejerce estas funciones.

Ayer, en efecto—porque ayer es en la historia de los pueblos un periodo de treinta y siete años,—Alarcón y

Núñez de Arce, redactando en el vivac riffeño aquellas admirables páginas de la epopeya española, eran cronistas sinceros que burilaban, por decirlo así, el plan y los accidentes de aquella campaña; pero eran también críticos, por fueros de sus inteligencias legítimamente ganados, que ilustraban la opinión pública, y estilistas, por último, primorosos que á la vez la cautivaban.

Por esto, aquellas correspondencias suyas, admiradas por todos, compenetraban la entraña purísima del patriotismo, eran la más codiciada leyenda del hogar, confortaban los espíritus, hasta procreaban héroes y ensanchaban los pulmones de nuestra nacionalidad.

Y aquellas correspondencias, compiladas más tarde, libros son hoy de literatura didáctica que vivirán en la memoria de las generaciones mientras el arte, con los esplendores todos de la estética, acampe en las cimas de las sociedades cultas.

Hoy—¡si será también esto progreso!—todo el interés de las crónicas de

nuestros corresponsales puede sintetizarse en esta frase de suprema desaprensión: «tente mientras cobro.» Vamos, son luces literarias al día, luciérnagas, más bien, que fosforecen porque la obscuridad las presta sus elementos, narraciones, en fin, de muy mermado fuste, en las que, á vuelta de cuatro generalidades y de manosear el repertorio de frases hechas y sosos ditirambos, ningún rastro dejan, y pasan por la opinión pública como ténue brisa que apenas logra rizar la superficie de los mares.

Y menos mal cuando los corresponsales que hoy se estilan, ya que nada pongan de cuenta y riesgo de su inteligencia, no salgan disparados por distintas vías, logrando á la postre desorientar la opinión; porque, entonces, esto es, cuando la consigna del periódico de empresa les obliga á gastar sus ahorros espirituales ó les pone la pasión política en trances de plantear la tésis, ¡entonces sí que se salen de madre é inundan de vulgaridades las cuartillas!

Verdad es que en ocasiones tales os

cuando se puede apreciar lo muy cuarteada que tienen la medianería intelectual y cuan justificadas están las severidades con que el sentido moral juzga esas diarias improvisaciones que elevan á tantos desde el más obscuro recodo de la burocracia al Sinaí de la prensa con la investidura de reguladores de la opinión y jurados de la cultura nacional.

Y, sin embargo, estas capacidades, cuyo punto de fusión apenas resiste la más leve proyección del soplete de una crítica sólida, madura y circunspecta, sienten tales aficiones á la gimnasia literaria, que, á despecho de las descalabraduras que les cuesta ésta, no hay miedo de que escarmienten; porque, es lo que dicen ellos, el bollo viene tras del coscorrón. Y así se explica que sirvan lo mismo para un fregado que para un barrido, que entiendan de todo, que sobre todo dictaminen y que no haya monte que no esté cubierto de orégano para las nerviosidades de sus plumas. Y así, también, salen de tersos y bien concluídos sus augustos veredictos.

Dígalo, sinó, el que recientemente y con encantadora unanimidad han formulado varios solistas del sínodo literario respecto de *Cartucherita*, novela del género *movido*, pero sin pizca de originalidad ni trasteo psicológico. Todos ellos la han cubierto de flores; más vino luego otro criterio suelto y de bastante más independencia que los anteriores y, después de propinarla una buena soba, procedió á su sepelio en tierra reservada á los que vivieron fuera de la ortodoxia literaria.

En cambio, esos mismos críticos se han callado como muertos respecto de la cultísima novela de Macías, *Tierra de Campos*, en la que hay sobradas provisiones de ingenio, estilo y observación para nutrir muchos cerebros cortesanos. Como han relegado también á la trastera otra novela no menos donosa, *Los Majos de Cádiz*, del regocijado Palacio Valdés, en la que hay sal, toda ella de espuma, para adobar una tribu cuando menos de literatos de *biscuit*.

¿Si acontecerá esto porque viven en plena noche psicológica, en la que

nada se sabe porque no se estudia nada?

V

Continuando la lidia de críticos y prensistas mogones y rematada la primera suerte en el capítulo anterior, gracias al capote de uno de nuestros maestros, vamos con las otras.

¿Querrán ustedes creer que todavía se dán líricos y trovadores, con el corazón de gelatina aromatizada, empeñados en hacernos creer que son los más los ejemplares humanos que miran de arriba hacia abajo y los menos los que lo hacen de abajo hacia arriba? ¡Si tendrán averiado el registro de la observación esos cándidos! Lo primero—¿quién no lo sabe, palpa y soporta?—es la excepción. Lo segundo es la regla general. Como que es la lógica de la carne sensibilizada por el espíritu.

A los que arriba están, bien cebados por cierto, con abundante agua de pie y en estufas admirablemente orientadas, ¿qué se les ha perdido en el hor-

miguero de la masa social restante para que se expongan, por cominear donde nadie los llama, á experimentar el vértigo de las alturas?

Por el contrario, los que en tierra llana y sudando la gota gorda roturan uno y otro día parcelas que apenas les rinden frutos, ¿qué menos pueden hacer que dirigir sus miradas á las alturas y, hasta si se les estrecha, preparar escalas á la sordina con qué remontarse á ellas en busca de oxígeno y luz? ¡Si esto es lo humano en su acepción de deficiencia hereditaria! ¡Si esto es, también, lo real y cruelmente positivo!

Que se dan mirlos blancos, vamos, perfectibilidades psicológicas en las que se superpone el sentimiento de la equidad á las fierezas del egoísmo. Bien, pues con ello queda confirmada la excepción. Y excepción es que Fernández Bremon—adviertan los suspicaces que ni de vista conozco á este ilustre escritor,—mirando desde lo alto de su tribuna periodística á este valle en que se agostan tantas inteligencias errantes é indocumentadas, haya sen-

tido la piedad y, liándose la manta á la cabeza, coloque la primera piedra —Dios se lo premie—del edificio en que, más ó menos tarde, pueda ondear el pabellón de la emancipación literaria.

¡Y con qué buena sombra se ha estrenado! Como que ya le ha salido un colaborador, Eusebio Blasco, por cierto, quien, en su *Gente novísima* y para que el público caiga de su borrico, esto es, para que no continúe creyendo que el santoral de literatos, poetas y artistas es nuevo libro de los siete sellos, sino album amplísimo en que caben todas las firmas, comienza á sacar de pila á los que todavía no habían recibido el agua de gracia del patriarcado literario, ni admitidos por tanto á la liturgia íntima de los que hace tiempo se apoderaron de la cabecera.

Ya era hora. Porque es lo que dicen los obstruidos: «bueno que se expongan uno y otro día á la veneración pública las reliquias retóricas de Balart, Campoamor, Nuñez de Arce, Pereda y Pérez Galdós, por más que á la sombra

de éstas se suela introducir de matute otras indebidamente canonizadas, para vivificar aptitudes y espíritus nuevos; pero, poco á poco, porque todos esos dioses mayores no se improvisaron, tuvieron su época de larvas y hasta algunos pasaron las de Caín para que se les concediera la alternativa.

Y si esto es así—continúan diciendo los obstruidos—¿por qué ese empeño, por parte de *escribidores* y críticos, patentizados á lo *Juan Palomo*, en dar de codo á la ley de herencia intelectual y á la ley también del progreso y mejoramiento de esta misma herencia? ¿Es, acaso, que en literatura, por abusos de confianza ó por galanteos de gentes con más aptitudes para el manejo de la garlopa que para el de la pluma, se ha determinado la esterilidad? Pues si así fuera, buen pelo habrían echado los que actúan hoy de bastoneros en sus solemnidades.»

No, contesto yo; la madre del cordero no es esa. Y para que vayan persuadiéndose de ello los que no están en el secreto de los enjuagues que se trae el Katipunan, hagan corro, que

les voy á poner en autos de por qué se fraguan y á qué obedecen empeños tales de eliminación.

El mercado—dicen los chicos de la prensa que ocupan sus cuatro esquinas—se va resintiendo del exceso de oferta y de escasez en la demanda. El público, por otra parte, se ha hastiado ya del chantilly literario y paladea con gusto la pimienta de nuestra cosecha. Necesitamos también, por naturales instintos de la vida, defender las posiciones conquistadas á fuerza de puños ó como Dios nos dió á entender, y no es cosa de decir «quítome yo para que te pongas tú.» Bueno que concedamos noches de beneficio á Echegaray y á otros ingenios que nos encontramos hechos como quien dice y trabajando por cuenta propia cuando comenzábamos á silabear á Balzac, Taine y *Thebussem*, pero de esto á consentir que metan la cuchara en nuestra escudilla y nos mermen la ración los que viven puertas afuera de la casa que nos hemos agenciado, eso, jamás, jamás, jamás.

Pues bonita cara pondrían Taboada,

Amaniel y hasta el mismísimo Perrin, si se les entraran á pastar en tierras de su encomienda reses de ajeno tentadero, aunque de mejor estampa que las suyas y con un apetito de todos los demonios. No estamos para semejantes liberalidades; y puesto que el público calla y paga, que continúe digeriendo como pueda lo que se aliña en nuestra repostería.

¿Ven ustedes qué de corrido parlan estos benditos? Y que lo pueden hacer: copada por ellos la prensa de gran circulación, ¿quién es el guapo que se atreve á repicar en la poterna de esa fortaleza?

Como que sus defensores cuentan también, unas veces, con la mansedumbre de la opinión pública y, otras, hasta con los requiebros y zalamerías de gentes que se tienen por cultas y listas. Verdad es que tales requiebros, como los que se la han dirigido, hace pocos días, desde los escaños de una encopetada academia, pertenecen al género tendencioso, puesto que se formulan con su cuenta y razón, esto es, por lo de *do ut des*. Tienen, en suma,

la propia finalidad que una letra á plazo fijo girada.

Y miren ustedes que se necesitan tragaderas para requebrar á periódicos que, en la obsesión de la variedad y la amenidad, llegan hasta el revoco de sus planas con el ocre literario que tan á mano tiene el galleguito de marras, con el amanerado caló que se cultiva en la mezquita taurina, con aparatosa gran parada de telegramas, divididos y subdivididos hasta la molécula para que hagan más bulto, con correspondencias extranjeras fabricadas en el taller de casa y con el novísimo y relativamente eupéptico entremés del «cuento», para que, sin darse cuenta de ello, vayan iniciándose en el proceso pasional muchos corazones que no alcanzaron la necesaria madurez.

Con tales antecedentes y ante tan desconsoladora realidad, ¿cómo no estar justificado el recelo con que Bremón y otros que no se atreven á manifestarlo miran la legitimidad de la marca de fábrica con que se exhiben esos críticos y publicistas que mono-

polizan el comercio del incienso y, con este, el de los billetes de cinco duros? ¿Cómo no estar justificada también su tentativa de demoler los tapiales de la finca literaria, que juzgan suya, cuando es, por el contrario, monte notoriamente comunal?

Ahora bien: los espíritus independientes ¿deben secundar la obra meritoria de la desamortización del predio literario, hoy en secuestro? Pues vaya si deben hacerlo. ¿Cómo? preguntarán algunos. ¿Cómo?

En el artículo siguiente y con motivo del oreo á que he de exponer papeles que hace tiempo amarillean, indicaré un procedimiento excelente de desamortización.

VI Y ÚLTIMO

Como existen precedentes, como en fecha relativamente lejana asomaron ya la cabeza los iconoclastas de pelo en pecho, con empeño decidido de derribar los ídolos que improvisaron accionistas del refectorio literario, he de remontarme aguas arriba de la histo-

ria para consignar lo que en el artículo anterior me propuse y prometí.

Vaya, no comiencen ustedes á menear la cabeza y á ponerse en guardia, que no voy á darles un plantón con farragosas disquisiciones sobre el tiempo viejo, ni entra en mis cálculos tomar carrera, cual ciertos oradores sagrados, desde las umbrías del paraíso terrenal, para venir luego á sentar los reales de mi crítica, como desde luego lo hago, en los años 1872 al 1874 de la era cristiana.

En aquella época, pues, aunque agonizante ya el ramo de la arriería, arrinconados los carros de violín y en quiebra decidida las galeras aceleradas, todavía vivían las provincias en pronunciado aislamiento respecto de la capitalidad española. Y por este aislamiento, cultivado ó más bien enconado por recelos que motivara el espíritu absorbente, el endiosamiento y los alardes de superioridad intelectual de la metrópoli, patentizados en todos sus actos, la tendencia regionalista, lejos de enfriarse, aumentaba en calorías, tomaba mayores alientos,

y Dios sabe en qué habrían parado aquellas misas si el genio emprendedor de Salamanca, primero, y el oro extranjero, después, no acertaran á enviar con el silbato de las primeras locomotoras mensaje amorosísimo de fraternidad á los cuarenta y ocho páramos provinciales en que el tráfico y la vida de las inteligencias apenas si disponían de pulmones para pedir la alternativa en los certámenes de la cultura y del saber.

Entonces—y algo de eso acontece también ahora—los jóvenes despiertos y de ambición justificada, en vano era que intentasen trepar por la cucaña en cuyo extremo flotaba con siluetas de mueca el codiciado premio. Era mucho jabón aquel y muy repícaramente distribuído por manos cortesanas en el bien lijado leño para poderse colmar sus alturas con el éxito. Y, claro, libro literario ó científico que salía de las antiguas prensas, adquiridas de lance por los editores provincianos, como drama ó comedia que fuesen alumbrados en aquellos apartados escenarios, allí quedaban en atas-

que perpétuo y condenados á enriquecer, cuando más, la arqueología regional.

Entre las provincias y Madrid, siempre estaba en reparaciones la cortadura, que en vano intentaban salvar los entendimientos que laboraban en aquellas. En Madrid, por de contado, no se cotizaba más papel literario que el emitido por sus naturales y por alguna que otra cabra suelta del redil rural que se arriesgó á naturalizarse en él. El derecho y el gusto inofensivo, como el de verse *reproducido* un ciudadano cualquiera en letras de molde, permanecían secuestrados por el absolutismo académico y la peña cortesana. Todas las vías trazadas para llegar al desestanco de la obra intelectual se encontraban obstruidas. La descentralización y la balada democrática, más ó menos lealmente proclamadas en Constituciones, códigos y atestados políticos, administrativos y económicos, nunca tomaban carne en la verdad y autonomía literarias.

Y, á todo esto, los ingenios del extraradio echando chispas y, un día tras

otro, en la sala de espera de la estación de partida, sin que la hora reglamentaria sonase jamás. En ella, en efecto, se hallaban, siempre con sus papeles bajo del brazo, Becerro Bengoa y el cultísimo. Maínez, de Cádiz, cervantista insigne, cuya historia del manco de Lepanto, como sus comentarios al Quijote son dos altísimos faros de la literatura nacional que reverberarán perpétuamente arte y erudición.

En la propia sala murmuraban apóstrofes del género explosivo contra los afincados retóricos cortesanos el bilbaíno Belmás, Manterola, el sutíl analista de la lengua euskara, el santanderino Amós Escalante, y Roure el alavés.

Pero, ¿qué más?, mano á mano con estos íngenios de primer brote y reventando de coraje, estaban allí—¿quiénes dirán ustedes?—pues nada menos que el sin par Pereda, con su hermosísima indumentaria, todavía sin estrenar, de novelador regionalista; Pérez Galdós, cuidando amorosamente aquellas cuartillas á las que confiara las primicias de su ingenio en aquel cuento

alegórico suyo «La pluma en el viento». Y prepárense para recibir una gran sorpresa: allí bostezaba de puro aburrido el niño mimado hoy de todos los periódicos de empresa y revistas semanales dedicadas á la literatura y artes floridos, allí bostezaba—lo diré al fin—nada menos que nuestro buen Mariano Cávia.

Por cierto—¡lo que son los garbanzos!—que, entonces, este escritor, tan aficionado á irse ahora por los trigos del naturalismo de puerta de tierra y con preferencia, á veces, á la brocha sobre el pincel, actuaba de lírico y apenas había ideal al que no enderezase tiernas trovas y sentidísimas endechas. ¡Si habrá en su organismo predisposiciones á la evolución!

Pues, como voy diciendo, en ese remanso de esperanzas, que ya comenzaba á oler mal, vino á visitarles la Providencia con su mejor tocado para redimirles. ¿Cómo y en qué forma? Pues lo van á saber ustedes; en forma de acto hermosamamente viril, concebido por el que es hoy, á pesar del Papa negro de Oviedo, ornamento del

Parnaso español—¿para qué callar su nombre?—por Emilio Ferrari, y realizado, aunque deficientemente, por Fermín Herrán.

Fué aquello cosa de pensarlo y realizarlo. Ferrari echaba de menos algo así como un tornavoz cortesano que recibiera y emitiera los ecos incoherentes de la literatura nacional; dolíase, como hoy nos dolemos muchos, del agostamiento del ingenio por falta de medio ambiente apropiado y, con arranque nacido de su espíritu nivelador, propuso, y muy pronto fué un hecho, la publicación de aquel notabilísimo periódico *La Revista de Provincias* en el que tan brillantes torneos celebraron los escritores cuyos nombres quedan consignados y muchos otros á quienes festeja hoy la opinión pública con rito nacional de primera clase.

Pero hubo de fenecer aquel periódico, no por falta de devotos, sino por torpezas é inconstancias de su administración, y de nuevo tomaron posiciones los obstruccionistas, se estrechó la piña de los iniciados, revivieron las

antiguas resistencias y, con un personal que por contento se diera con llegar al talón del que le precedió, hemos venido á ser víctimas otra vez del agiotaje literario.

Dígalo, sinó, el malogrado Feliú y Codina, cuya breve historia de autor dramático, por tomar rumbos nuevos y distanciarse de los retóricos que reinan y gobiernan á título de ***primi occupantis***, es toda una historia de flagelamientos, repulsas y desdenes.

Y ahí está, sinó, para dar fe de ello, esa página ebúrnea de la dramática española, su incomparable *Dolores*, moza garrida, aunque defectuosa de cascos, á la que se cerraban todas las puertas de la escena no bien llegaban á ellas su alma y corazón aragoneses. Apenas si había actor ni autor de los juramentados que no la mirasen de reojo. Y hasta María Guerrero, la discípula predilecta de la gran Teodora, que, por la excelsitud de su entendimiento, parecía como que debiera emanciparse de vulgares prejuicios y tutelas, formuló también el veto al drama de Feliú, poniendo por delante sus

escrúpulos de bajar hasta el nivel de una pobre criada de mesón.

Y fué preciso que dama muy distinguida la trajese á mandamiento con estas ó parecidas frases, «pero hija mía, con que no se alborota ni protesta tu conciencia cuando caracterizas á la liviana *cocotte* y arrastras entre encajes las asquerosidades todas del vicio de salón, y te pones rizos de educanda al rogarte que reproduzcas el tipo pecador de hija del pueblo», fué preciso, repito, esta suavísima andanada, para que María Guerrero vistiera el jubón de la *Dolores* y diese con ello un día de gloria al teatro nacional.

Y, entonces, los maldicientes, serviles cortesanos siempre del éxito, tragaron saliva, sí, pero aplaudieron también, aunque con la reserva consiguiente de tomarse el desquite.

Y para que no lo tomen por más tiempo, para que termine de una vez el corretaje de tan mala ralea en que vienen afanados, preciso es que los que no pertenecen á esta novísima comunión de los santos recuerden

cómo les buscó las vueltas Ferrari y cómo les hizo capitular.

Y ya verán, si es que proceden discreta y resueltamente, como se hace esperar bien poco otra capitulación muy semejante á aquella en que se reconoció la beligerancia de Cavia, Pereda y Pérez Galdós.


BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
3 1197 21736 2992

